

Lionel Brossi*

De la comunicación disciplinaria a los controles de la comunicación. La Antropofagia como transgresión cultural**

Rodrigo Browne Sartori



Para atravesar este ensayo-investigación, Rodrigo Browne Sartori nos propone un orden desmesurado de lectura, sin respetar aquél que nos impone la tiranía del papel impreso: tránsito, transición, transgresión, velocidad, son conceptos que se discuten a lo largo de este trabajo que nos plantea innumerables cuestionamientos y que remite, a su vez, a un tema ostensible: el desplazamiento, que a la par de los cambios sociales, o como cambio social en sí mismo, se inscribe no en una sucesión de tiempo cronológico, sino dentro de nuevas temporalidades que activan las multitudes, quebrando

* García Reyes 550, Valdivia, Chile. E-mail: lionelbrossi@uach.cl

** 2009. Sevilla: Ediciones ALFAR, 152 páginas.

toda linealidad y continuidad posibles. Ya desde el comienzo, el prólogo de Manuel Vásquez Medel, nos lleva a anticipar un camino profundo y de complejo recorrido.

En el no-lugar donde se activan estos desplazamientos, es donde emerge la propuesta de Browne, quien lejos de estar ausente en su texto, y a través de una complicidad misteriosa con el lector, invita a descubrir en el giro de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control, procesos y fragmentos que para la percepción se presentan como inconexos o nulos, pero que en su conjunto, conformarían una multitud, instaurando nuevas posibilidades de entender la alteridad, lo otro, lo indecible y destruyendo asimismo todo intento de representación que no haga más que enfatizar los acontecimientos sociales erigidos en ley universal o ideología.

Las leyes que ya no dictan las palabras del monarca, son para las sociedades disciplinarias de Foucault encarnaciones textuales de la supervisión del cuerpo, del tiempo y del espacio, que castigan cualquier desvío que ponga en peligro el equilibrio social que necesita el poder político para seguir funcionando. La existencia de los individuos que se intenta sujetar (locos, niños, inmigrantes, mujeres, etc.), es controlada en forma absoluta a través de sistemas de disciplinamiento, perpetuados por una microfísica del poder, que enmarca a la sociedad en un tejido de carácter carcelario y que cuantifica y asigna a la población, lugares específicos dentro de dicha red. En la decadencia de las sociedades disciplinarias de Foucault, Browne nos presenta el advenimiento de un espacio que va más allá de la normalización y que reafirma su poder ya no disciplinando, sino constituyendo verdades. Es el espacio de las sociedades de control, en las que Deleuze señala que los saberes que emanan del poder, adquieren una categoría de verdad universalizante y surgen a partir de él como génesis. El punto perspectivo del libro es, más que la presencia de lo vacío en movimiento, la presencia de la otredad significativa en el cruce, en el tránsito de estas miradas de disciplinamiento y control.

El poder del disciplinamiento de los cuerpos evoluciona hasta hacerse imperceptible, transición que Hardt y Negri leen como el paso del imperialismo al imperio y en donde ya no hay límites ni fronteras fijas, donde la desterritorialización es el común predominante, y los no-lugares constituyen los puntos que mejor (des)figuran esta nueva perspectiva.

De la Comunicación Disciplinaria a los Controles de la Comunicación, presenta la propuesta de Imperio de Hardt y Negri como un rasgo distintivo de esta transición y como la forma perfecta

del biopoder. Pero ante la incógnita sobre los modos de resistir a ese Imperio (Browne desarrolla las ideas del poder subversivo y creador del deseo y del placer planteadas por Deleuze y Foucault respectivamente), surge el cuestionamiento sobre cómo es posible eliminar todo tipo de representación, siendo que sin ella se borrarían las diferencias entre los sujetos políticos y la comunidad, y por ende todo antagonismo. ¿Una multitud necesita de algún tipo de acción política para constituirse?, ¿no presupone la existencia de cualquier tipo de acción política una lucha antagónica? La proliferación de luchas sociales por temas étnicos, religiosos, de género, económicos, entre muchos otros, dificulta la posibilidad de imaginarnos una multitud que emerge en forma singular, conformando el arco-iris global imperial de Hardt y Negri. Sin embargo, la emergencia de las nuevas tecnologías, como lo plantea Browne recuperando a Virilio, prioriza las llegadas instantáneas y va borrando las partidas y los trayectos, instaurando un nuevo orden político globalizado cuya red difusa de dispositivos vislumbra cierta homogeneización de la fuerza de producción humana, mercantilizándola.

La sobreinformación hiper-veloz y accidental, configura el Funes postmoderno, cuya memoria alimentada de infinitos hechos inútiles, preconiza el accidente, que va creciendo junto con la intensificación del poder y de las tecnologías. Las concepciones imperiales son disueltas por Virilio en la reubicación del trayecto dromosférico, donde la violencia producida por la velocidad y el accidente, puede ser enfrentada por una nueva idea espacio-temporal en la que no existe el intervalo de la luz, intermediada por lo que el autor asemeja a una contaminación ecológica, producto del desborde del espacio por el tiempo.

Los nuevos intentos de regulación financiera internacional, enmarcados en los postulados firmados en la última reunión del G-20 en Washington, nos hablan de un cambio radical de planteamiento frente al tradicional orden mundial imperialista. Sin embargo, el “rito caníbal financiero” que inyectó de víveres a las mismas corporaciones que fueron las principales responsables de la actual crisis, da vuelta nuevamente la moneda y vislumbra -tal como intentan hacerlo autores como Borón, Laclau y Petras-, que bajo el mantel del Imperio, o de la soberanía expansiva en redes, podría esconderse la historia repetida del imperialismo. En ella los intereses nacionales siguen primando y el centro “virtual” propuesto por Hardt y Negri no es otro sino el centro “tangible”, pero camuflado en los intervalos de luz virílicos del hegemónico Estados Unidos.

Browne, retomando la idea de los intervalos de luz a través de los cuales el hombre se “descorporiza” o pierde su propio cuerpo, cita a Magritte, quien a través de su arte fantástico convierte objetos comunes, que nos son familiares, en lugares desestabilizantes, indecibles, sostenedores de la desaparición de la realidad. Y he aquí un dilema: la utopía refiere a un “no dicho”, pero no a un “imposible de decir”. Lo otro es posible porque no escapa al universo de la representación.

Representar incluso lo irrepresentable, ¿no escapa a la propuesta imperial de Hardt y Negri? Asimismo, y reconsiderando la idea de singularización de la heterogeneidad propuesta en Imperio, Roger Bozetto¹ explica que una estrategia metonímica permite unir enunciados heterogéneos y relacionarlos sin que esta incongruencia choque, solamente al llevar la adhesión mediante un abuso de autoridad, es decir, una promesa de justificación futura. Si es posible lograr una adhesión de la pluralidad a un proyecto común, esta multitud supondría relaciones débiles, puesto que estarían unidas por circunstancias cuya factibilidad sería incierta. La estética de la desaparición, deconstruye todo punto de vista y mantiene a propósito de lo Otro, la ambivalencia que lo constituye: está pero es innombrable, se lo puede pensar pero no figurar, es fascinante e inhumano a la vez, y seduce. Quizás las representaciones estén fuertemente enraizadas, sólo que menos visibles, más fantasmagóricas.

Es cierto que las ideas de identidades en tránsito, giros culturales, cuerpos descorporizados, no-lugares, nos llevan a disolver la base de un orden simbólico, tendiente a lo no tético. Se habla de que la ficción como género, tiene un poder subversivo porque interroga las unidades de tiempo, espacio y carácter, y asimismo pone en duda la posibilidad de la representación de la realidad humana. Si no hay representación, no hay totalitarismos pero tampoco habría acción subversiva, pues no se necesitaría. Singularizar las diferencias en un arco-iris mundial como intento subversivo de sumarización, puede conducir al accidente, a tropezar en el propio estallido de la multitud preconizada por Hardt y Negri.

La soberanía raptada por la sociedad estadounidense, que perpetúa su hegemonía globalizándola, es en el mundo contemporáneo una virtualización de lo que el senador norteamericano Beveridge pronosticó para su país en Boston, el 27 de abril de 1898:

¹ En Roas, David. 2001. *Teorías de lo Fantástico*. Barcelona: Arco Libros.

Las fábricas norteamericanas producen más de lo que el pueblo americano puede utilizar; el suelo norteamericano produce más de lo que se puede consumir: el destino nos ha trazado nuestra política; el comercio mundial debe ser y será nuestro. Y nosotros lo adquiriremos como nuestra madre (Inglaterra) nos ha enseñado. Estableceremos sucursales comerciales por la superficie del mundo como centros de distribución de los productos americanos. Cubriremos los océanos con nuestros barcos comerciales. Edificaremos una marina a la medida de nuestra grandeza. De nuestras sucursales comerciales saldrán grandes colonias que desplegarán nuestra bandera y traficarán con nosotros. Nuestras instituciones extenderán nuestra bandera sobre las alas del comercio. Y la ley americana, el orden americano, la civilización americana y la bandera americana serán enarboladas sobre las costas y estos auxiliares de Dios las harán en lo sucesivo magníficas y deslumbrantes.

Los barcos, los productos y la bandera de Estados Unidos, se disuelven peligrosamente y se comprimen en “íconos que las sociedades asocian o asemejan a ellas mismas”; de esto se trata la expansión hegemónica en redes, tal como lo presenta Browne citando a Baitello Junior. Las imágenes pasan a alimentarse indiscriminadamente de los sujetos y como en el proyecto imperial, la representación unívoca se pierde.

Superando la propuesta de Imperio, la gran fortaleza de la apuesta de Browne, es que nos presenta la posibilidad de resistir al control a través de lo que él llama la “transgresión antropófaga”, como estrategia para no someterse a ningún tipo de dominio y ocupando con ella un nuevo espacio desde los no-lugares del arte y el conocimiento. La transgresión antropófaga, heredada del movimiento brasilero encabezado por Oswald de Andrade, devora las vanguardias del arte y el conocimiento para masticar y triturar el pensamiento patriarcal del centro y convertirlo en un replanteamiento de toda ideología enlatada. Aplicar la estrategia contraimperial antropófaga permite asimismo reflexionar, enfrentar y subvertir la era del simulacro y la iconofagia que revela el sistema de control de la comunicación mundializada.

Las inquietudes que Browne presenta en este libro, llevan a comprobar su total intención en la que las metáforas se vuelven no sólo palabras, sino posibilidades de acción. Su literatura como campo de subversión, vuelve los invisibles no-lugares en el punto cero de todo lugar común (des)integrado. Su habilidad para articular visiones y propuestas desde diferentes artes, no responde a una justificación mística de las mismas -*Die Rose ist ohne Warum*-, sino que alimenta de signos la apertura de nuevos cuestionamientos, que tal como lo propone Magritte, interrogan sobre aquello que se otorga a la visión en el momento de mirar.

Comunicación y poder se desdoblan en esta obra, presentándonos una nueva forma de interpretar el desplazamiento de los cambios

sociales y su relación con las fuerzas hegemónicas universales. Rodrigo Browne, al detener su lúcido análisis en estos puntos de transición, nos permite encontrar en el trayecto un lugar posible de subversión, proponiendo la transgresión antropófaga como una nueva estrategia contra la intensificación de un dominio que no admite ninguna frontera territorial y que intensifica y generaliza los aparatos normalizadores.